El piano sin la tecla número veinte

Relatos Cortos · Shyvirelle · Obra original

El comprador llegó con una carpeta, una linterna de bolsillo y una frase que repitió antes siquiera de saludar:

—Falta la tecla veinte.

La señora Berta, que había vendido el piano de su padre, miró el instrumento como si el teclado pudiera contestar por ella. En la fotografía del anuncio se veían todas las teclas. Íñigo, el comprador, las había contado durante el transporte y había encontrado una que bajaba sin producir sonido. En el inventario familiar, fechado muchas décadas atrás, figuraba una anotación inquietante: «Veinte: ausente».

—Si falta desde hace tanto —dijo—, alguien debió advertírmelo antes de cobrarme.

Berta no discutió el precio. Llamó a Nadia, la técnica que revisaba los pianos de la escuela vecina, y acordaron verse aquella tarde en el salón de Íñigo. El instrumento, de madera oscura y tamaño poco común, ocupaba una pared entera. Tenía un teclado más corto que el de un piano moderno y dos pequeñas marcas de latón: una junto a una tecla cercana al centro y otra en el lateral derecho.

Nadia escuchó la queja sin tocar una nota. Pidió primero la carpeta. Había tres inventarios, hechos en épocas distintas. Todos hablaban de la misma ausencia, pero ninguno dibujaba una tecla rota. El más antiguo enumeraba ejercicios de una escuela privada: comenzar por la marca de latón situada cerca del centro, recorrer hacia la derecha una secuencia determinada y volver sobre ella sin levantar la mano.

—Usted empezó a contar desde la izquierda, supongo —dijo Nadia.

—Como haría cualquiera.

—Yo también. Pero aquí hay dos maneras de contar.

Se sentó, localizó la marca de latón y presionó la tecla que tenía inmediatamente debajo.

—Para el método de esta escuela, esta era la primera. Las que quedan a la izquierda se usaban en otras piezas, pero no entraban en el ejercicio numerado.

Íñigo volvió a contar desde aquel punto, esta vez con Nadia señalando cada pulsación. Al llegar a la vigésima, encontró la tecla silenciosa. Su superficie estaba pulida por décadas de dedos. Bajaba con la misma resistencia que las demás y regresaba a su sitio sin chirriar.

—Entonces sí falta una nota —dijo.

—Eso todavía no lo sabemos.

Nadia quitó con cuidado la tapa superior. Bajo las teclas se alineaban pequeños mecanismos de madera, fieltro y cuerda. En la vigésima descubrió algo distinto: una pieza móvil que terminaba contra un tope blando, separada del martillo que debía alcanzar la cuerda. No había madera partida, ni clavos sueltos, ni señal de que alguien hubiera arrancado una pieza. El silencio estaba construido con tanta precisión como los sonidos.

Íñigo iluminó el hueco con su linterna.

—¿Y por qué llamarlo «ausente»?

—Puede ser una palabra del inventario de enseñanza, no del inventario de piezas. Necesito comprobarlo.

En el interior de la caja, casi oculto junto a una bisagra, había un deslizador de dos posiciones. Nadia lo mostró antes de moverlo. En una posición, una varilla acercaba la tecla veinte al mecanismo sonoro; en la otra, la apartaba y dejaba actuar solo el tope de fieltro. El instrumento tenía dos modos.

—Pruebe —dijo, llevando el deslizador a la primera posición.

Íñigo hundió la tecla. Una nota clara vibró junto a las demás. La tocó de nuevo, más fuerte, y escuchó cómo se apagaba lentamente en la madera de la caja. Después Nadia devolvió el deslizador a la posición anterior. El dedo descendió, pero la habitación quedó en silencio.

—La llamaban tecla simulada —explicó—. Servía para practicar la presión exacta y el ritmo sin que sonara esa nota. Un alumno debía mantener el movimiento incluso cuando no oyera nada. El piano permitía convertirla en nota real para tocar música, pero el ejercicio empezaba con la tecla muda.

Íñigo examinó otra vez el documento. Junto a «Veinte: ausente», en una columna más estrecha, alguien había escrito «en el sonido; presente en la mano». La tinta estaba desvaída y la carpeta había doblado la hoja precisamente por allí. Berta, que hasta ese momento no había intervenido, pidió permiso para acercarse.

—Mi padre practicaba con la ventana abierta —recordó—. Yo creía que a veces se equivocaba porque hacía un movimiento y no sonaba nada. Él me decía que estaba aprendiendo a escuchar el espacio entre las notas.

Nadia no afirmó que aquel recuerdo demostrara quién había diseñado el mecanismo. Tampoco podía certificar su edad sin estudiar la procedencia del instrumento. Lo que tenían delante bastaba para resolver el enigma material: no faltaba una tecla y la vigésima no estaba averiada. Había sido hecha para alternar entre sonar y callar.

—Pero yo compré un piano para tocarlo —dijo Íñigo—, no una máquina de ejercicios. Si el anuncio hubiese mencionado ese mecanismo, quizá habría pagado menos.

Berta dejó la mano sobre la carpeta.

—El anuncio decía que era el piano de mi padre. Ni yo sabía que podía hacer eso.

—Que ninguno lo supiera no arregla nuestra diferencia —repuso Íñigo.

Nadia colocó la tapa en su sitio y se levantó.

—La historia del instrumento y el acuerdo de venta son dos preguntas distintas. Yo puedo dejar constancia de que la tecla funciona en ambos modos. Ustedes tendrán que decidir qué hacer con el precio.

Preparó una nota sencilla: «Tecla veinte operativa. Modo sonoro comprobado. Modo de práctica silenciosa restablecido». La firmó y pidió a Íñigo que probara una última vez. Él tocó cinco notas, hizo la pausa con el dedo sobre la vigésima y terminó la secuencia. La ausencia había dejado de parecerle un agujero.

Berta cerró la carpeta. Íñigo no retiró su reclamación, aunque propuso revisar juntos el anuncio y la valoración inicial. Nadia guardó las herramientas. Antes de salir, oyó a Íñigo repetir el ejercicio, contando desde la primera marca del método, no desde el extremo del teclado.

La vigésima tecla siguió sin sonar. Esta vez nadie la confundió con una falta.